

El compromiso político del psicólogo social

Silverio BARRIGA

Universidad de Sevilla

Los encantos y los desencantos consiguientes a la opción de cambio votada por el pueblo español recientemente, proporcionan una buena ocasión para que reflexionemos sobre las repercusiones que esa decisión popular tiene sobre los profesionales de la Psicología, y, más concretamente, sobre los psicólogos sociales.

Queremos referirnos especialmente a la implicación política tanto del quehacer como del teorizar del psicólogo social; a las incidencias sobre su praxis de intervención social y de elaboración científica.

El psicólogo social vive una doble ambivalencia en su constitución. Esto conlleva una doble función:

- Una función práctica orientada a la intervención social con la modificación de la conducta de individuos y grupos, desadaptados (marginados) en su entronque con el contexto social en que viven, o disconformes activos (marginales) a los que presta su apoyo estratégico de cara a conseguir las alternativas que ellos se proponen. Así, pues, modifica al marginado, e impulsa al marginal en el cambio social.

- Una función teórica centrada en el esclarecimiento de los principios que rigen la conducta de los individuos y grupos, en un afán de hallar las generalidades que permitan trascender el momento histórico de cada uno de los protagonistas, o mejor en hallar los elementos explicativos e intencionales que le permitan comprender la interacción en situación concreta.

La dialéctica entre teoría y praxis halla eco en las disfunciones de la profesión y en los descontentos de quienes pasan por la Universidad llevando tras sí la enorme frustración de un bagaje teórico desvinculado de la problemática real extrauniversitaria frente al reto de una realidad social que resiste el tratamiento de una teoría aséptica, lejana, obtusa, hecha de «dilettantismo» academicista.

Por otra parte, dado el abandono institucional en que se encuentra la mayor parte de nuestras Universidades hasta ahora, se corre el riesgo de que la Psicología Social se contagie de apatía e irrelevancia, al socaire de la improvisación, la desinformación planificadora y, sobre todo, la dependencia ideológica de modelos de formación importados de otros lares.

El riesgo es tal que la avalancha de la desazón universitaria puede llegar a engullir a la Psicología Social sin haberle dado tiempo a su institucionalización y, sobre todo, a su profesionalización.

Pero bueno será que antes de referirnos a los componentes prácticos y teóricos de la Psicología Social, nos hagamos eco de algunos presupuestos que determinan su existencia. Hagamos alusión a los elementos de identificación política de la actual Psicología Social.

1.- Elementos de identificación política de la Psicología Social

Históricamente es sabido que el desarrollo de los estudios de Psicología y de Psicología Social, así como su implantación práctica, ha coincidido con un elevado nivel de desarrollo económico. Los problemas sociales se psicologizan y se psicosocio-logizan cuando se vive en un nivel económico elevado.

Y si bien la psicologización puede llevar al endormecimiento del individuo en la resolución hedónica de su problema, la sensibilización psicosocial necesariamente desborda los planteamientos individuales para trascender al grupo y al contexto social en que los sujetos interactúan.

A su vez, el desarrollo económico disminuye el umbral de tolerancia normativa en los individuos. El «tonto» del pueblo, antes aceptado y de alguna manera integrado en la vida diaria, resulta insoportable hoy en día por lo que se le recluye en el asilo psiquiátrico. Igualmente se intenta psiquiatrizarse a todo tipo de marginado social (e incluso político, en las dictaduras) a fin de poderlos aislar del conjunto social: Tales individuos resultan molestos en un contexto social fundado en la aparente coincidencia y conformidad. Su presencia, además de cuestionarnos socialmente, entorpece nuestros proyectos y culpabiliza nuestro planteamiento de darwinismo social.

Por otra parte, en el campo de la Psicología Social clínica, las normas ideológicas que subyacen en las relaciones interventor social-cliente,

han llevado a interiorizar un determinado modelo de sociedad y un determinado modelo de hombre. Las líneas maestras de estos modelos están configurando la identidad del rol del psicólogo social.

Fácilmente se ha interiorizado un modelo basado en la dependencia, la inseguridad, la desigualdad de relaciones, la competencia, el individualismo, el autoritarismo, la desconfianza etc.

Es el modelo vehiculado en la relación terapéutica del médico. Es el modelo vehiculado en la relación maestro-alumno. Es el modelo que tienta con absorber al psicólogo social en su intervención.

En todos estos casos se explicita un modelo basado en la desigualdad de trabajo, en la desigualdad de responsabilidades y, sobre todo, en la desigualdad de oportunidades y posibilidades. Y esta desigualdad social se eleva a la categoría de principio, de derecho, de naturaleza, llegando a implantarla – sin cuestionamiento alguno – en la interacción del psicólogo social. El psicólogo social dispone de un poder y de un saber indiscutible ante el que sólo cabe confianza, resignación, dependencia. Consagrar la diferencia como carta de naturaleza, supone colocar en situación de superioridad a unos y de inferioridad a otros. Unos que necesariamente han de ser triunfadores en una sociedad competitiva y otros que necesariamente han de ser perdedores. Se ha biologizado, se ha naturalizado así las diferencias culturales. De ahí que entre las partes implicadas en la relación urja el establecimiento de la ley del silencio. Será el Análisis Institucional, desde su componente revulsivo, quien introduzca «catalizadores» que desvelen las incongruencias, las contradicciones implícitas, ocultas del sistema en boga, a fin de alumbrar un tipo de relación más igualitario, más positivo, más creativo, más sano en la intervención social.

En el modelo heredado de la sanidad, y de la terapia, la relación que se privilegia es una relación enferma, desequilibrante por sí misma en tanto en cuanto incida en consolidar la desigualdad, la dependencia y, en consecuencia, la inseguridad (pese a que para ocultarla se generen cadenas de pseudoseguridad tanto en el interventor social como en el cliente social).

Al psicólogo social fácilmente se le pretende convertir en un «técnico» despersonalizado, desimplicado en su relación con el cliente (individuo o grupo). Y si meramente pudiera convertirse en «testólogo», en diagnosticador de situaciones, tanto mejor. Y, sin embargo, sabemos que la intervención necesariamente implica al que la realiza. La mera colaboración en el análisis se constituye en instrumento de cambio.

Además, ya que el psicólogo social interviene cuando existe conflicto (a petición de los clientes), o para generar conflicto (en acto de militancia política), en ambas situaciones desaparece la supuesta neutralidad del interventor social. El psicólogo social necesariamente es agente de cambio allá donde interviene. Esta constatación no fragiliza su

interacción, antes resalta toda su responsabilidad social.

Finalmente, la intervención del psicólogo social alcanzará una u otra perspectiva según cual sea el nivel desde el que analiza la realidad social.

Si se coloca en un nivel intraindividual, estudiará los procesos intraindividuales, los mecanismos que permiten al individuo organizar sus experiencias (como realizan los teóricos del equilibrio cognitivo, de la congruencia cognitiva, de la disonancia cognitiva). Y en su acción programática intervendrá con instrumentos que incidan directamente en ese nivel.

Desde un nivel interindividual, estudiará los procesos entre los individuos en una situación determinada, sin preocuparse de las posiciones de los sujetos fuera de esa situación, tal como realizaron los trabajos sobre la teoría del juego, los estudios de posiciones en diferentes estructuras de comunicación y el modelo teórico sobre la atribución de causalidad de KELLEY. Desde este nivel se intentará sembrar la concordia, el acoplamiento mutuo entre los integrantes de los grupos de trabajos. Toda la ideología de las «relaciones humanas» se nutre de esta perspectiva.

En el nivel intercategorial o posicional, se resalta la posición de cada individuo antes de la situación y en la situación misma. Como pusieron de manifiesto los estudios sobre la atribución de intención según el estatus social, sobre la influencia de la sociabilidad en la atribución de causalidad interna o externa, sobre las comparaciones entre individuos dependiendo de su categoría social. El sujeto es aquí considerado en el cruce de sus diferentes posiciones sociales, totalmente enraizado con su contexto social. Resalta la importancia que sus roles, como modelos de conducta correspondientes a las posiciones en las situaciones de interacción, tienen para él.

Finalmente la perspectiva del nivel ideológico o supracategorial, resalta las diferenciales creencias, ideologías, representaciones cognitivas etc. de los agentes de una determinada situación. Y nos referimos no sólo a los planteamientos ideológicos explicitados en la interacción, cuanto a los presupuestos implícitos que son decisivos en el comportamiento social. Presupuestos que han intentado desvelar en el socioanálisis los practicantes de una intervención social «institucional».

2.- El psicólogo social como interventor en la conducta individual y grupal

Lo cómodo del psicólogo social es intervenir en la comunidad desde la perspectiva individual, ajustándose a los patrones ya trillados o experimentados por el psicólogo. Se presenta entonces como modificador de conducta (apoyado teóricamente en los presupuestos del condicionamiento operante) o como terapeuta de conducta (apoyado teóricamente en el condicionamiento pavloviano). Su pretensión se concreta en **controlar la conducta:**

- extinguendo o debilitando conductas indeseables.

- reforzando o potenciando conductas deseables que ya existen, pero que carecen de fuerza.

- modelando, a partir de conductas ya existentes, otras nuevas que necesita el paciente.

Pero aún ante esta opción que hemos llamado «cómoda», el problema clave es de otro nivel: ¿Cuál es el criterio para juzgar de la desiderabilidad o indesiderabilidad de una conducta? ¿Quién nos dictamina sobre qué conductas son o no son deseables? Aquí se desvela la necesaria carga política de la acción profesional del psicólogo social.

Según cual sea la respuesta, habremos de desvelar el carácter manipulativo o no del ejercicio profesional del psicólogo social. El psicólogo social que, ciertamente manipula cuando introduce elementos de control sobre la acción de sus «clientes», justifica su intervención en la libre elección que el sujeto (individuo o grupo) realiza del acto psicossociológico. Pero habremos de preguntarnos sobre si la opción del «cliente» ha de reducirse a la mera ejecución de la intervención o por el contrario ha de alcanzar hasta el contenido mismo de la intervención.

Por otra parte, el acto de intervención puede considerarse desde la óptica jerárquica de acción exclusiva del psicólogo social en interacción con el «cliente» o, complementariamente, como resultante de la acción combinada de los protagonistas de la comunidad en que se desenvuelve el sujeto-cliente. Dado que, pese a que de inmediato la intervención incide en el individuo, la acción eficaz alcanza al entorno social, es a la larga, el pueblo, la comunidad (y no ni siquiera la «autoridad despota» del signo que sea) quien ha de marcarse los objetivos normativos y el empleo de los medios de que dispone en su tarea de «conformar» a sus elementos integrantes. En su intervención social, el psicólogo social no puede ser un francotirador al servicio de intereses individualistas. Esta es la visión comunitaria que no desdeña la acción de emergencia por disminuir el dolor de los individuos, pero que valora y enjuicia las acciones interventoras dentro del contexto de evolución de la propia comunidad.

Pero de todas maneras, el psicólogo social ha de referirse a un sujeto consciente, voluntario, agente de su propio cambio personal. Sujeto en interacción dialéctica con la comunidad en la que se inserta y que, a la vez que le constituye, necesariamente le constriñe por el obligado ajuste de intereses no coincidentes. De ahí que cada vez más, hay que valorar críticamente la aplicación de intervenciones aversivas que usan el dolor y el castigo como ingredientes de la modificación (a parte de que a las posibles implicaciones sádicas en el interventor social, añaden el planteamiento ético de las consecuencias inmediatas de su aplicación).

Así pues, urge cada vez más mostrarse partidarios de generalizar las intervenciones sociales fundadas en el paradigma cognitivo-propositivo

que implica participación voluntaria y consciente del agente social, en un contexto determinado.

Sin embargo, igualmente, cabe llamar la atención del alcance manipulativo de unas intervenciones cognitivas que sólo pretendan la interiorización del control mediante la modificación de la representación que el sujeto tiene de sí mismo y de sus relaciones. Pues el colmo de la manipulación, como diría ALTHUSSER, consiste en hacer de los sujetos individuos que se sujetan a sí mismos, sin necesidad de controladores exteriores a ellos mismos.

El problema clave que se plantea es dilucidar el dilema de si el psicólogo social en su intervención ha de ser considerado ante todo como un terapeuta o como un reformador político.

Desde nuestro punto de vista, tanto una como otra orientación son propias del profesional psicólogo social. Sin embargo, dado que ya los psicólogos suelen preferir en su acción la vertiente terapéutica, quizá le quepa al psicólogo social incidir más en el aspecto reformador e incluso revolucionario. Ahí el terreno está más virgen y sus posibilidades de acción son mayores. Y pese a lo vidrioso del tema, no podemos por menos que considerar la peculiaridad profesional del psicólogo social en sus intervenciones. A la cómoda situación de simplemente aplicar criterios terapéuticos vehiculados conformistamente con el apoyo institucional o instituido tanto en el ámbito oficial como privado, se le contraponen una actitud de innovación, de valoración crítica, de captación de la demanda comunitaria, de ajuste a los planteamientos democráticos de un pueblo concreto. Lo que sí es cierto es que este tipo de acción interventora del psicólogo social no podrá ejercerse allá donde el pueblo esté callado, allá donde no haya libertad de expresión, allá donde no haya libertad de sentimiento etc. La acción del psicólogo social exige un contexto de libertad. De lo contrario sólo serán posibles técnicas de acción clandestina, al margen de toda institucionalización de la Psicología Social.

Por otra parte, la disyuntiva de la alternativa entre el terapeuta y el reformador político conlleva en su planteamiento diferentes concepciones sobre el grado de implicación política de la acción de intervención.

¿Cabe, acaso, una intervención neutral, exclusivamente técnica?

Respondamos brevemente:

- Fácilmente se llama neutral a la acción que no contradice los patrones acordes con la ideología dominante en el contexto. Pero de neutralidad sólo queda el espejismo de creerlo.

- No vale escudarse en los tecnicismos. La técnica desde el momento que se pone al servicio de una acción concreta se convierte en acción política. La intervención psicossocial necesariamente es una acción política, pues no puede desentenderse del contexto teleológico que la define. Y una vez más, pretender responder exclusivamente a las formulaciones del contexto no deja de ser una manera

concreta de responder a la demanda política del mismo.

– Además, siempre lo instituido nos aparece con la gris consistencia del hecho, de lo dado; y nos es fácil caer en la consiguiente «factolatría».

A lo instituido se opone lo instituyente, hecho de espontaneidad, de creatividad, de ruptura o reforma, de cambio.

Lo instituyente introduce el conflicto y hace posible el cambio de lo instituido, acomodándolo a la necesaria evolución del individuo (por mero crecimiento evolutivo, en el que la novedad es una de las motivaciones básicas, tanto de sí mismo como del grupo en que el individuo se desarrolla).

– Además, la intervención social, desde el momento que cuenta con la participación ilustrada, consciente del agente, destierra el cómodo reino de la felicidad ignorante en pro de una inquietud consciente. Es el tributo de una ontogénesis orientada a un mayor desarrollo de los elementos específicos del hombre: su capacidad consciente y propositiva. Y entonces quizá haya que elegir entre ser ignorantes y felices o conscientes y desgraciados. ¡Dramática alternativa!

– Finalmente la consideración utópica de que la intervención psicosocial pueda ser neutral lleva necesariamente de una participación inicial, meramente puntual – muchas veces inconsciente de sus consecuencias lejanas – a una toma de postura cada vez más comprometida en una participación continuada en el quehacer social. El «quiero ser psicólogo social» se convierte en un compromiso político ineludible en el ejercicio de la profesión.

3.– El psicólogo social, científico de la interacción humana

Hemos visto que la vertiente práctica del psicólogo social desemboca sin ambages en la consideración política de su intervención.

Pero los patrocinadores del carácter neutral de la Psicología Social se refugian, con noble excusa, en el santuario de la ciencia psicosocial, como lugar incontaminado. ¿El psicólogo social, dedicado a la investigación, acaso está «protegido» de esa contaminación del compromiso político? Al amparo de los patrones de la ciencia físico-natural y de acuerdo con el paradigma del modelo hipotético-deductivo del positivismo en boga durante tantos años, así lo han considerado sin desmayo.

Nosotros, aunque sea brevemente, creemos que para responder sobre si la ciencia psicosocial es neutral o no, bueno será que realicemos una pequeña incursión en la problemática epistemológica que caracteriza el moderno enfoque de la Filosofía de la Ciencia en su aplicación a las Ciencias Sociales, y más concretamente a la Psicología Social. La crisis epistemológica en Psicología Social se hace eco de la crisis epistemológica de las Ciencias Sociales, entroncándose con la querrela tradicional entre aristotélicos y galileanos. Mientras los **aristotélicos** parten de la observación para llegar a es-

tablecer explicaciones generales, insistiendo sobre todo en la comprensión finalista de los hechos, por su parte los **galileanos**, insistirán en la ciencia como explicación causal, dentro de una concepción del mundo funcionalista y mecanicista, interesada, sobre todo, por el cómo de los fenómenos.

La polémica epistemológica halla como hitos decisivos el enfrentamiento entre positivistas decimonónicos y hermeneutas, entre el racionalismo crítico de POPPER y la teoría crítica de ADORNO y, finalmente, entre intencionalistas o comprensivos y explicativos. Mientras para el positivismo el objetivo de la ciencia radica en predecir y controlar la naturaleza, dentro de un monismo metodológico (según el modelo de las ciencias físico-naturales) y elaborando una explicación científica causalista, a su vez los hermeneutas van a preocuparse, sobre todo, por que los fenómenos estudiados sean teleológicamente inteligibles, centrándose más que en la explicación –«erklären»– (DROYSEN), en la comprensión –«verstehen»–, pero una comprensión que se realiza desde dentro del fenómeno (DILTHEY).

Por otra parte frente al **racionalismo crítico de POPPER** que incide en la provisionalidad del saber y en la necesaria **falsación** pero no verificación del conocimiento científico, ADORNO seguirá reivindicando con su «teoría crítica» junto a la Escuela de Frankfurt, el estudio del contexto de descubrimiento, junto al contexto de verificación. Además se afirmará que el inicio de las Ciencias Sociales se halla en las contradicciones sociales, en los problemas reales; que en el método científico es fundamental la anticipación que realizamos de un determinado modelo de sociedad; que la objetividad de la ciencia no puede desentenderse del objeto subjetivo que es la sociedad y los sujetos vinculados a la ciencia; y, sobre todo, que la ciencia ha de proponerse el interés emancipador de cara a suprimir la injusticia social.

Lejos, pues de aquel «dilettantismo» positivista que pretende colocar al científico neutralmente por encima del bien y del mal, ADORNO y su escuela resaltan el necesario compromiso político, ideológico, del quehacer científico, que lejos de ser obstáculo se convierte en aliciente de un realizar consciente dentro del entramado social.

Finalmente los **comprensivos** o intencionalistas frente a los **explicacionistas** que pretenden negar la historicidad de la ciencia y de sus Leyes (HEMPEL, HIDDIRCH), insisten en el carácter situacional, histórico, de las explicaciones en Ciencias Sociales, resaltan el carácter teleológico del agente (ANSCOMBE), (DRAY) ponen de relieve la importancia que en el agente tiene la captación de la estructura significativa de la realidad (TOULMIN), (orientación que desembocará en los planteamientos de la «etnometodología» (FILMER, CICOUREL, McHUGH).

Finalmente, la segunda generación de Frankfurt, con HABERMAS y APEL a la cabeza y dentro de una **línea fenomenológica, hermenéutica y**

neowittgensteiniana, resaltarán el carácter emancipador de las Ciencias Sociales, frente al interés de control y de dominio de las Ciencias Naturales y frente al interés de intercomunicación de las Ciencias Históricas – Hermenéuticas.

Sin renunciar a las posibilidades de una metodología de orientación positivista con pretensiones explicativas, se insiste en la necesidad de ampliar los planteamientos metodológicos a fin de conseguir que el estudio científico se oriente por el **interés emancipativo**, a fin de conseguir una sociedad más justa, más racional, mejor. De ahí que, en ningún momento, el quehacer científico pueda desentenderse de un determinado modelo de hombre y de sociedad.

Incluso, pues, en los planteamientos tradicionalmente considerados como más asépticos, hoy día se ha desvelado el elevado grado de compromiso político subyacente.

El psicólogo social, en la misma raíz de su elaboración científica, está condicionado a realizar opciones ideológicas que fuerzan su compromiso político y social. Compromiso que lejos de sesgar su acción, la enraza en un contexto de coherencia individual. En la relatividad de las opciones humanas, las decisiones de investigación y de intervención del psicólogo social no pueden estar exentas de compromiso político, como la misma vida tampoco puede realizarse al margen de la opción ideológica. En ello radica, a nuestro entender, la fragilidad y la grandeza de la intervención social.

Conclusión

Sólo he querido resaltar algunos elementos críticos que cuestionen la dimensión necesariamente política tanto del quehacer como de la teorización del psicólogo social.

La herencia franquista, propiciada por los estamentos ideológicos dominantes, ha interiorizado fácilmente entre nosotros la idea de que el compromiso político sesga limitativamente la acción altruista y generosa del profesional de la salud y del trabajador social, en nuestro caso del psicólogo social. Nada más lejos de la realidad diaria. La opciones ideológicas constituyen el entramado sobre el que se teje la variopinta acción humana hecha básicamente de opciones en situaciones concretas, con mayor o menor libertad posible.

El necesario sesgo de la acción profesional e investigadora, no hace sino dar realismo a nuestro trabajo, lejos de cualquier engaño demagógico. La limitación no quita grandeza a la acción.

El ideal de hombre y el modelo de sociedad son piezas clave en la formulación del objetivo social que el psicólogo social quiere proponerse. Urge su reformulación permanente en aras del adecuado planteamiento de una profesión tan cercana a la problemática diaria de los hombres de nuestro tiempo que se ha propuesto justamente ilustrar, explicar y comprender la conducta humana individual y grupal en situación de interacción.

En otras palabras, los niveles ideológicos y supracategoriales enriquecen las perspectivas de los otros niveles de análisis de la realidad social, colocándolos en su ajustada perspectiva y resaltando el alcance socio-político de su enfoque.

Bibliografía Básica*

- ADORNO y otros, 1973 *La disputa del positivismo en la sociología moderna*. Grijalbo.
- APEL, K.O., 1975 El problema de la fundamentación última de la Filosofía a la luz de una pragmática trascendental del lenguaje *Anuario de Filosofía*. 140-173.
- CICOUREL, A.V., 1964 *Method and Pleasurement in Sociology*. Free Press.
- DRAY, W., 1964 *Philosophy of History*. Prentice-Hall.
- DOISE, W., 1982 *L'explication en Psychologie Sociale*. P.U.F.
- HABERMAS, 1966 *Teoría y praxis*. Sur.
- HORKHEIMER, M., 1974 *Teoría crítica*. Amorrortu.
- KRAFT, V., 1966 *El círculo de Viena*. Taurus.
- KUHN, T. S. 1976 *La estructura de las revoluciones científicas*. F.C.E.
- NEURATH, O., 1973 *Fundamentos de las ciencias sociales*. Taller Ediciones J.B.
- MALHERBE, J. F., 1976 *La Philosophie de K. Popper et le positivismo logique*. P.U.F.
- POPPER, K., 1973a *La lógica de la investigación científica*. Tecnos.
- POPPER, K., 1973b *La miseria del historicismo*. Alianza Editorial.
- POPPER, K., 1974 *Conocimiento objetivo*. Tecnos.
- POPPER, K., 1977 *Búsqueda sin término. Una autobiografía intelectual*. Tecnos.
- RADNITZKY, G., 1979 Tres estilos de pensar en la actual teoría de la ciencia. *Pensamiento*, 35, 5-35.
- SCHUTZ, A., LUCKMANN, 1977 *Las estructuras del mundo de la vida*. Amorrortu.
- VON WRIGHT, G.H., 1980 *Explicación y comprensión*. Alianza Editorial.
- Varios: 1983 Les dimensions politiques de la Psychologie. *Rev. internationale des sciences sociales*, 96, UNESCO.

*Nota:

A petición de la Redacción de APUNTES DE PSICOLOGÍA hago referencia de esta bibliografía básica que puede ser de interés para los psicólogos preocupados por la moderna «crisis epistemológica», y que desean ampliar así las ideas expresadas en el párrafo 3.